

QUITO, Leyenda y Perspectiva

Por: José María Gómez de la Torre



Sumérjese en la bruma del tiempo y de la Leyenda el comienzo de la existencia de la bella capital ecuatoriana: Quito. Sábese por la historia que los habitantes que por vez primera se posaron en su suelo fueron los primitivos clanes del paleolítico de las oleadas humanas que llegaron a la América Precolombiana. Sinembargo, una historia cubierta de aroma de la Leyenda y de la tradición celosamente guardada por los aborígenes nos dice que, desde el mar infinito,

llegaron a las costas del actual Ecuador, no sabiéndose si por su propio deseo o por ocultos designios del proceloso Océano, gentes venidas de lugares ignotos. Su inteligente Cacique Tumbe gobernó con sapiencia y celo haciendo progresar la incipiente colonia de Sampu (Santa Elena).

El Cacique tuvo dos hijos llamados Quitumbe y Otoyá, a quienes ordenó buscar nuevas tierras y ante rivalidades presentadas entre los dos hermanos, Quitumbe decidió terminar las disputas

y cumplir el deseo de su progenitor y, dejando embarazada a su bella esposa Llira, organizó una expedición y salió hacia lo desconocido. Arribó a las costas del actual Perú y, en honor a la memoria de su predecesor, fundó la población de Tumbéz, pero, al saber de las crueldades que hacían extraños seres llegados a las costas de Manta, emigró hacia el callejón interandino y fundó la ciudad que tomaría el nombre del último régulo de su linaje, el Rey Quito.

En el primer Milenio de

esta era, un pueblo de más vigorosa cultura y de mayor organización llega a las regiones occidentales y luego conquista la ciudad en cuya defensa muere su héroe epónimo, Quito, el último representante de la primigenia estirpe de los legendarios Quitus. Son los Shyris o Caras procedentes de Esmeraldas y comandados por su aguerrido adalid, Carán Shyri. Se establecen en la región y hacen de Quito la cabeza de su reino, reino que habría de durar hasta finales del siglo XV, es decir alrededor de cinco centurias.

Son los Caras un pueblo progresista y sus gentes hábiles en el tallado de la piedra, especialistas en tejidos y artífices en peletería; pacíficos y cultos; adoran el sol y la luna. Durante el reinado de los doce monarcas Shyris, Quito su capital, es hermoseedada y de las hábiles manos de artesanos y talladores van acumulándose piedras pulimentadas y ornamentos que forman el templo del sol y de la luna. La placidez de su clima y la cercanía al límpido cielo haría que estos pueblos compenetraran con el espíritu de los astros y que sus templos y adoratorios sacros, fuesen también genuinos observatorios estelares.

Dice la leyenda también que Lfira, la esposa de

Quitumbe, que quedó encinta a la partida de su esposo, dio a luz un niño que llevaría el poético nombre de "Guayanay", que significa Golondrina, del cual descenderían todos los Incas. Uno de ellos, el bizarro Tupac-Yupanqui, emprendió grandes campañas de conquista que ampliaron el Tahuantinsuyo heredado de Manco-Capac. Ante la amenaza de las formidables legiones del Inca, Cacha, el último Shyri de Quito, acompañado de Nazacota Puento y Pintang, demolió e incendió su capital y se retiró a la planicie de Cayambi. El Inca llegó a Tacunga mientras sus tropas ocuparon las abandonadas calles de la capital.

Recuperado de los quebrantos de la lucha Tupac-Yupanqui entró triunfante en Quito, en donde admirando su espléndido emplazamiento, el verdor de su campiña y su cielo límpido, ordenó su inmediata reedificación bajo moldes incaicos, adornó profusamente de bellos templos y mansiones, inició calzadas y acueductos y, a semejanza del Cuzco, dividiólo en dos barrios el Hanansuyo y el Urinsuyo, reproduciendo en las colinas que limitaban la ciudad los cuatro nombres sagrados de los montes del Cuzco.

Tupac-Yupanqui se solazó en esta urbe de la que según Cieza de León —dijo— "el

Cuzco ha de ser, por una parte de cabeza y amparo de mi gran reino; por otra ha de ser Quito". Para ampliarla la pobló de mitimaes y continuó manteniendo su clásico y original nombre de Quito. Finalmente, al retirarse dejó de Gobernador suyo a Chalco-Mayta y volvió al Cuzco para seguir adelante en su obra conquistadora.

Después de esta efímera conquista, Quito vuelve a manos de los Caras, pero ostenta nuevas obras de arte que la hermocean más y más y la hacen un centro de artes y de gobierno. Empero, lo que no conquistaron las armas conquistará el corazón. El magnífico inca Huayna-Cápac, sucesor de Tupac-Yupanqui, prendado de la hermosura de Paccha, hija de último Shyri, en enlace regio, fusiona su gran imperio con este reino que será norte de sus dominios, el "Chinchasuyo" y en su "Llauto" o corona imperial colocó la insignia de la Esmeralda con la que se declaraba Shyri de Quito y a esta ciudad trasladó su residencia y la colmó de obras de arte, reedificando el templo del sol y estableció su palacio, desde donde gobernó el imperio del Tahuantinsuyo en su máximo esplendor.

A la muerte de Huayna-Cápac, su cuerpo fue al Cuzco, mientras su corazón

quedó en Quito, junto a lo que más quiso en su vida: su amada Paccha, su dilecto hijo Atahualpa y la ciudad de su solaz que le sustrajo de la vieja sede de los Incas.

QUITO, CAPITAL DEL IMPERIO

Atahualpa, hijo del Inca y de la reina Shyri Paccha, heredó la tierra de los Caras, mientras el cuzqueño Huáscar el resto del incario dividido a su muerte por Huayna-Cápac. Esta división desembocó en la guerra entre los dos hermanos, la que culminó con el triunfo de Atahualpa que hizo capital del Imperio a su ciudad, la de Quitumbe y Quito, la de Caran Shyri y Cacha, la de las verdes colinas donde se miran majestuosas las níveas cumbres de los volcanes y se escucha el lento arullo de los riachuelos que se forman en las faldas de sus montes.

¿Cómo era ese Quito desconocido y olvidado de los Incas? ¿Ese Quito prehispánico que le dio la piedra y el barro para los templos cristianos? Ese Quito de gentes indias que, fundidas con los conquistadores iberos formaría la Capital del actual Ecuador, que al decir de Ernesto La Orden, es "Puerta del Cielo, Antesala o Zaguán del Paraíso".

Según crónicas antañonas, tradiciones verbales transmitidas secularmente y el propio testimonio de los conquistadores castellanos, la antigua Quito ocupaba la parte del centro y del norte de la ciudad. En el Panecillo o Yavirac se alzaba desde anteriores siglos el famoso templo del Sol que mereciera los solícitos cuidados de Huayna-Cápac que trajo del Cuzco y otros lugares del Imperio, oro, plata, y atavíos para engalanar ese adoratorio del resplandeciente Inti, padre del Inca y de los hombres. Su estructura pétreo era una forma cuadrangular, tenía un techo piramidal con la puerta mirando hacia el Levante, a cuyos lados se levantaban grandes pilares monolíticos y se hallaba circunvalada por doce pilares de formas más reducidas. Este templo formaba un verdadero observatorio astronómico y a través del juego de luces y sombras que formaban los rayos del Astro rey por puertas y pilares, los sabios amautas calculaban los meses, los días las horas y los solsticios y se adivinaba la inescrutable voluntad del Astro rey. En un tabernáculo sagrado se guardaba el vaso de oro que contenía el gran corazón de Huayna-Cápac.

Al frente, en la loma hoy llamada de San Juan, se encontraba el Yanacauri o

templo a la Luna, este singular edificio era redondo con varias troneras o ventanas, de modo que siempre entraba por una de ellas la argénteo luz de nuestro albo satélite. La luz lunar hería su imagen de plata colocada en medio del edificio. El cielo raso estaba cubierto de lienzos de algodón en azur de donde se suspendían refulgentes estrellas de plata bruñida. Mirándose frente a frente hallábanse, pues en dos colinas, estos templos tutelares destinados a proteger y velar por la ciudad donde residía el Hijo del Sol.

Más al centro de la urbe, cuidadosamente protegido por altos bloques de piedra, unidos sin argamasa, adosados y acoplados con precisión asombrosa, se erigía el "Alla Huasi" o palacio de las vírgenes del Sol, donde doncellas indígenas entregaban de por vida su purísima virginidad al Dios hacedor de Imperios. Este templo, celosamente guardado a las miradas extrañas, estaba ricamente adornado con oro y pedrería, plata y esmeraldas. Riquísimos tejidos salidos de las manos de estas vestales aborígenes colgaban de sus petreos muros.

En un precioso arbolado, circundado por cuarteles, canchas y

depósitos, cerca de una cristalina piscina que recogía las primicias del agua que bajaban por la chorrera en las propias faldas del Pichincha, se alzaba el Capahuasi o Palacio del Capachuasi Inca, soberbia construcción embellecida por avenidas de toctes y alfombrado de gramas y frescas flores. Hasta hoy conserva ese sector su original nombre de Toctiuco. Seguían edificaciones militares y casas de los principales curacas y orejones del Imperio, en la parte que posteriormente ocuparía la iglesia de San Francisco y sus capillas y conventos adyacentes. En otro costado encontrábase los lugares de reposo y de retiro del Inca "El Placer". La ciudad tenía una vasta red de conductos de agua, fuentes y calzadas que uníanle con el Cuzco y el resto del Incario. Laboriosos, sus varios miles de habitantes, la embellecieron y cuidaron para que fuese la digna Capital del Tahuantinsuyo.

EL ARRIBO DE LOS HISPANOS

Entonces cuando florecía la ciudad incaica y Shyri, llegaron por el Pacífico los barbudos personajes que hicieron la gesta de la conquista de un Imperio,

eran los conquistadores castellanos con su espada y su cruz, con su quiotismo de epopeya y su ambición y crueldad y, así llegó el día que enlutó el Imperio y que acabó con el linaje de Cacha y Viracocha. Moría Atahualpa y con él su Reino.

En Quito, los templos fueron desmantelados con el fin de aplacar la áurea ambición hispana y, así pagando el rescate, salvar al Dios cautivo en Cajamarca. Más, al saberlo muerto en nombre de un Dios y un rey desconocidos, los principales Jefes de Atahualpa deciden defender el legado de los Shyris y así el valiente Quizquiz realiza una defensa desesperada y, aún más brusco y desesperado, el general Rumiñahui (el cara de piedra), depone al gobernador de Quito Cozopamba y erigiéndose en el último Jefe de estas tierras decide que nada quedará para quienes traicionando lo pactado mataron a su Inca y pretenden conquistar sus territorios. Saqueó los templos y palacios, ultimó a todas las ñustas del sol y luego de cortar todas las fuentes de agua, prendió fuego a la capital del Incario, saliendo con rumbo ignoto y llevándose consigo todos los tesoros para perderse con él en el tiempo y el misterio.

Según nos cuentan algunos cronistas

castellanos, sin coincidir si a fines de 1533 o a principios del año siguiente, el capitán español Sebastián de Benalcázar entra en Quito después de encamizadas luchas con Rumiñahui y de la otrora imponente capital del Incario, encuentra sólo piedra y ceniza. En los muros calcinados y aún humeantes de los templos y mansiones casi nada es lo que resta de las joyas y el oro pregonados, pocas son asimismo las pallas y ñustas para aplacar el ansia de dinero y de carnes indias. Sus habitantes la han abandonado en su mayoría con el incendio de Rumiñahui, solo restan yanaconas y cañaris, aliados de los conquistadores.

Pero Benalcázar siente al pasearse por las ruinas de la ciudad la secular misión de la urbe de ser la rectora de pueblos y encomienda a Juan de Ampudia la labor de rehacerla de nuevo y reunir a sus gentes para reedificar sobre piedras indígenas la nueva villa española. La ciudad entonces como en tiempos de Quito y Cacha, es destruida y cual ave fénix vuelve a resurgir de sus ígneas cenizas y de las piedras milenarias.

Ampudia trata de restañar las heridas y remediar los daños causados por Rumiñahui y demoliendo templos aborígenes inicia los

cimientos de las nuevas casas, persigue a los jefes indígenas y quema a Cazopamba, a Luyes y Chamba grandes señores de Quito. Entonces y ya pacificada la región hace su entrada triunfal el conquistador Don Sebastián de Benalcázar a la vieja ciudad de Quito y enarbolando el lábaro castellado y manteniendo en alto el cordón franciscano como símbolo, acristiana a la urbe y le otorga el apelativo de San Francisco, uniéndolo al milenarismo nombre de Quito. Unión que es símbolo de una fusión de razas y tradiciones y que abre una nueva etapa en la secular historia de la ciudad vigilada por el Pichincha.

LA VILLA DE SAN FRANCISCO

En el centro de la remodelada plaza mayor en cuyos costados se ven pequeñas casas construidas en su mayoría sobre edificios indígenas o con piedras de estos, resuenan solemnes las roncadas palabras del Escribano Mayor que, luego del redoble de tambores empieza así: "En la villa de San Francisco de la provincia de Quito, a seys días del mes de diciembre del año del nacimiento de nuestro salvador Ihesuxristo

de myl quingientos e treinta e quatro años el muy noble capitán sebastian de benalcázar thenyente de gouernador e de capitan general en la dicha privyincia por ylustre e muy magnificio señor el comendador dom francisco picarro..." así continúa la lectura ritual cumpliéndose la ceremonia de rigor y con este bautizo cristiano se refunda la ciudad que también ahora conserva su primigenio nombre de Quito. Doscientos quatro fueron los primeros vecinos españoles que tomaron posesión de solares de las cincuenta y una cuadras iniciales. Diego de Tapia y Juan de Ampudia fueron sus primeros Alcaldes y el presbítero Juan Rodríguez su primer párroco. Benalcázar conservó la Tenencia de Gobernación y la jefatura de armas de la región.

Los frailes menores franciscanos fueron los primeros en levantar su convento a los pocos meses de establecida la ciudad española, luego siguieron los mercedarios, los predicadores o dominicos y los agustinos. Nuevos cultivos y novedosos animales domésticos mestizaron las chacras de papas y de maíz de cuy y de las llamas. Fray Jodoko Ricke plantó la primera espiga de trigo. Sebastián de Benalcázar introdujo los porcinos; Alonso Hernández

los vacunos y, así nuevas plantas empezaron a reverdecer en las planicies y en los valles que circundan a la ciudad y a la vera del templo franciscano doradas espigas brillaron en los campos extendiéndose con rapidez.

De las piedras del palacio del Inca se labraron las que harían de base y atrios de varias iglesias como el de San Francisco, joya refulgente del barroco que ha merecido el título de "Escorial de los Andes". El Aglla-Huasi destruido y sin sus vírgenes se convirtió en el primer monasterio femenino, el de la Concepción. Nuevamente sus muros se cerraron y dentro quedaron de por vida las nuevas vestales consagradas por entero a la nueva divinidad.

Pasaron dos lustros y Paulo III hace la erección del Obispado Quitense; en 1555 se abre la primera escuela, en dos décadas más y se establece el hospital y otras dos y Felipe II encomienda a los eremitas de San Agustín la dirección de la Universidad de San Fulgencio. La ciudad ha crecido, se han borrado las huellas de sus ruinas y aumenta continuamente su población. En un siglo, los vecinos castellanos sobrepasan los tres millares, decuplicados en número por los indígenas vasallos. Las cúpulas de los templos

empiezan alzarse por doquier como una sinfonía de manos adorantes.

Flamencos y mestizos, indígenas y castellanos labran en piedra y oro la magnífica fábrica del templo franciscano. Restablos y primorosas imágenes salen de las manos de virtuosos imagineros aborígenes que, en una muda oración crean formas de belleza sorprendente. Claustros imponentes de columnatas dóricas y arcos de medio punto, guardan del mundo a los hijos del seráfico de Asís. Cantuña, iglesia sin nombre sacro que recuerda al indiecito de su nombre que, agradecido con los frailes menores por haberle salvado y recogido en los inicios de la conquista les entregó para hacer un templo el oro del Inca que misteriosamente traía de un lugar inescrutable. De sus retablos e imágenes surgen formas de rítmica belleza y se constituye en oratorio de los indios convertidos que transtrocen la imagen del sol con el dios de los hispanos y, evocando al barbudo Viracocha "Pachac-Yachanqui" alzan sus plegarias ante el Cristo de Caspicara. Completa este monumental conjunto de iglesias, la de San Carlos y el atrio de la escalinata que da a la amplia plaza y que, según leyendas, fueron hechas por millares de diablillos rojos, gracias al

engaño inocente hecho por Cantuña al astuto Luzbel.

San Agustín en su Sala Capitular que guardan las oraciones y maitines en los Capítulos de la Orden de los Ermitaños del Santo Hipona, vendría con el tiempo a ser el lugar sagrado de la patria donde los primeros patriotas ecuatorianos se unieron para entonar una oración a la libertad y resolvieron solemnemente emancipar la tierra que les vio nacer. La Merced, albo templo de armoniosas líneas que forman una plástica conjunción de luz y sonido cuando sus imponentes campanas y su órgano melodioso elevan preces al Hacedor. La Catedral que de humilde iglesia ha crecido como la ciudad, ha sido el centro de la grey que rodea al pastor religioso. A su costado una maravilla de piedra y oro: El Sagrario, testigo secular de bautizos y matrimonios y archivo palpitante de la Colonia. Santo Domingo que a pesar de sufrir los desafueros del tiempo y de las gentes, aún conserva la gracia de su arte y de ser uno de los más populares centros de oración.

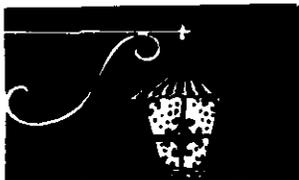
Piedra majestuosa que en columnas salomónicas y retablos pétreos es la antesala de naves donde refulge el oro que resalta estatuas y pinturas de acabado espléndido; bóvedas

y cruceros decorados con el primor y la exquisitez de manos celestiales: es la iglesia de la Compañía de Jesús, admirable templo que emociona a la vista y conmueve la imaginación. Recoletas para ascetas penitentes y magros cenobitas: San Diego, el Tejar, San Juan y la Recolección de Santo Domingo, cunas son de leyendas y recintos donde demora el arte más austero como aquella del disoluto padre Almeida, que noche a noche salía de juerga por una ventana de la capilla de San Diego y que hacía del Cristo inescrutable que en ella pendía, peldaño cómodo para la huida, hasta que aquél, cansado de ser mudo testigo de los desafueros del fraile y cuando éste en una noche salía en unos de sus furtivos escapes le dijo aquellas mentadas frases: ¿"Hasta cuándo padre Almeida?" a lo que el desafortunado le replica. "Hasta la vuelta Señor" .. Contrito y afligido desde entonces se retiró a una ermita y terminó su vida en forma edificante y su cuerpo penitente reposa para siempre en dicha iglesia.

Monasterios y pequeñas iglesias parroquiales acompañan con sus elevadas torres y campanarios a las grandes iglesias quiteñas en ese mismo acto de búsqueda del eterno Edén celeste. Son ellas el Carmen Alto y el Bajo, Santa Clara y Santa

Catalina, San Carlos y el Hospital, el Hospicio, Santa Bárbara. El Belén, San Marcos, San Sebastián, Guápulo y el Robo, iglesia modesta, levantada en expiación de su sacrilegio. Todas configuraron esa vida colonial tan mística y tranquila. Tañer de campanas, procesiones y juegos de toros o motines de alcabala, esa fue la vida de Quito colonial sumergido en una Edad Media Americana. Entre sus estrechas calles pasaban los indios con su trotecito acompasado, los mestizos artesanos, los adustos y orgullosos castellanos y los criollos inquietos y desconfiados.

De este Quito salen los hombres de Orellana al país de la Canela, donde las legendarias amazonas que se arrancan un seno para manejar mejor el arco, esperan a quien hollare las vírgenes selvas orientales con la flecha certera que en espasmos violentos fulmine el osado profanador. En duras y épicas jornadas logra el indómito capitán descubrir para el mundo el río mar que, en memoria de aquellas legendarias mujeres, se llamaría para siempre Río de las Amazonas.



CIUDAD RECOLETA

Esta colonial recoleta ciudad, legado de arte y de fé, es también cuna de hombres ansiosos de libertad. En sus primeras escuelas y universidades, en sus talleres y cofradías se encuentra siempre prendida la antorcha de la rebeldía y ese espíritu inquieto que no acepta tiranías ni sometimientos. Ese Quito del Siglo Dieciocho que se reveló contra alcabalas y exacciones, que fue cuna del ilustre precursor de la Libertad, Don Eugenio de Santa Cruz y Espejo, fue donde se proclamó el primer Grito de la Independencia Americana el 10 de Agosto de 1809.

Efemérides gloriosa que rubricada con la sangre de Quiroga, Salinas, Arenas, Riofrío, Ascázubi, Aguilera, Peñas, Villalobos, Vinuesa, Cajías y otros más, sería el germen fecundo que resurgiendo impotente en las faldas del Pichincha harían por fin libre a esta tierra ecuatorial de las coyundas foráneas.

La urbe incipiente se llena de gentes y en sus solares se levantan incesantemente casas y jardines, templos y mansiones y sus artistas elevan el canto del cincel y

las paletas. Manos guiadas por mágicos geniecillos van consumando delicados bargueños, cofres, figurillas y obras de artesanía. Los indígenas José de Olmos "Pampite" y Manuel Chili, "Caspicara", elaboran preciosas imágenes policromas y vitales y su depurada obra perdurará en una pléyade de artífices, escultores y pintores que se denominará como "La Escuela Quiteña". Miguel de Santiago, Goribar, El Padre Bedón forman la más alta cumbre de la pintura que sin interrupción seguirá hasta nuestros días, a través de Samaniego, los Salas, Salgueros, Joaquín Pinto, Camilo Egas, Manosalvas, Mideros y Guayasamín.

Arquitectos, músicos y poetas, artesanos y hombres de arte y cultura han dado siempre a Quito su señorial prestigio de fértil centro del espíritu y rincón de artes y bellezas que le hicieron preguntarse a Sanz Lajarra ¿"Qué condujo al Supremo Creador a derrochar tantas grandezas en un solo sitio?"

La urbe añosa y recatada de los tiempos coloniales se transforma de pronto en el núcleo político y vital de la nacionalidad ecuatoriana, luego de las inquietudes y las zozobras de las lides emancipadoras, cuando por sus calles empedradas resonaron los marciales acentos de trompetas y

trombas, estabales y tambores de los batallones patriotas cubiertos de gloria en las breñas del monte de la libertad y el sonar jolgorio de las campanas que diáfanas anunciaron la alborada de la Emancipación.

Vienen los hombres del estado, políticos y militares y ellos escriben las páginas de la Historia del Ecuador republicano. Las masas se rebelan ante tiranías o viven esperanzadas con cambios prometedores o a caudillos populares y todas las gentes de Quito viven la vida de la República. Asimismo, la urbe empieza a cambiar, ya no son únicamente ermitas y oratorios los que florecen. Empiezan tímidamente, a aparecer nuevas formas de arquitectura, ya no es sólo la ciudad colonial y mística, es la ciudad republicana y cívica. El viejo caserón del Gobierno de la Audiencia inicialmente construido por el Presidente Alcedo con antepechos y balcones de las tulerías que recibió a Bolívar y contempló por sus muros blancos la firma de la capitulación del orgulloso ejército español después de la Batalla de Pichincha y que después seguirá siendo escenario de revoluciones y cambios políticos, se amplía para dar cabida a los poderes del Estado y, manteniendo su original fábrica, llega hasta nosotros el "Palacio de Carondelet", convertido en el centro de un país en

ebullición y avance progresista.

El Teatro Nacional Sucre abre sus puertas en el pasado siglo y a recoleta ciudad de las campanas y del angelus llega la mundanal algarabía de las candilejas. Zarzuelas, comedias y autos de fe, tímidamente representados en colegios y convento pasan al tablado grande del templo del drama y la farándula. Palcos llenos de entusiastas autoridades y engoladas damas, butacas llenas de medianía y bulliciosas galerías populares, desenfadadas muestran el fin de la secular enclaustración piadosa. El casco antiguo de blancas casas y estrechas callejuelas, eclosiona y los viejos barrios tradicionales de la Tola, la Loma Grande, San Blas, San Roque y Santa Bárbara henchidos de gentes y de esperanza proyecta a todos los puntos cardinales avenidas amplias, donde como hijuelos se forman modernos barrios con casas encementadas, mansiones modernistas, villas caprichosas, chalets elegantes y casuchas obreras y provincianas. Los pueblitos adormilados y tranquilos, de pronto engullidos por los cuatro costados de la metrópoli que crece incesantemente. Chillogallo, la Magdalena y Chaupicruz, son ya barrios de la urbe que vertiginosamente crece y se

ensancha en las verdes faldas de su viejo monte protector.

Aparece el papel impreso de mano en mano de público menos imbuido de eternidades y más ávido del pensamiento e ideas que vienen de ultramar. "Primicias de la Cultura de Quito" fue el primer órgano de prensa que llevó su mensaje de cultura cuando aún no finaba el Siglo Décimo Octavo. "El Diez de Agosto", "Los Principios", "El Orden", "El Día", "El Comercio" "Ultimas Noticias". "El Tiempo", nombres de periódicos que a gritos estentóreos han sido pregonados sucesivamente por esa algarada multitud de canillitas. La universidad da cabida a ciencias experimentales, nuevas ideas y disciplinas del saber. Los pocos jinetes y coches se ven desplazados por el tranvía y luego con éste por automóviles y buses que con el sonar de sus claxones despiertan a los últimos adormilados y dicen a todos que ha llegado la nueva época de la máquina y del motor, de la técnica y la velocidad. A Chimbacalle corre la muchedumbre y todo el mundo se apretuja y quiere estar en primera fila.

¿Qué sucede?: Ha llegado el ferrocarril, se ha ganado la lucha a la montaña, Quito sale de su enclaustramiento. De

repente los faroles y mecheros se apagan y bombillos de traslúcido cristal proyectan su luz por doquier, iluminando la noche quiteña, ahuyentando espantos y aparecidos. De pronto, no aparece más el cucurucho de San Agustín ni el descabezado o monjes atormentados. El bullicio de nuevas gentes, de generaciones contemporáneas llenan sus calles de moderno pavimento. Luces de neón anuncian comodidades del Siglo Veinte en comercios, restaurantes y lugares de lujo o de diversión.



Quito ha crecido, rebasa sus valles familiares y, ya serpenteando de Norte a Sur o trepando por lomas y colinas; una nueva urbe bulle de progreso y de dinamía. Es la metrópoli pronta a coronar el número millonario. Ciudad de grandes avenidas y pasos a desnivel donde nuevos templos se perfilan enhiestos en su horizonte, son los edificios de cemento y acero. El Palacio Legislativo ocupa un desnivel ondulado y en su fachada en piedra labrada, el artista escribe la Historia de la Patria. La ciudad universitaria reemplaza a la vieja casona, vivero de ciencias y humanismo, formadora de hombres que piensan y sienten la nueva Patria y, espera en sus modernos y luminosos

claustros formar al nuevo hombre del mañana. Y así edificios y mansiones públicos y privados, en ordenado pero veloz crecimiento. Escuelas y colegios, oficinas y bancos, en abigarrada secuencia se levantan al lado de calles nuevas y miles de casas formando un mosaico urbano pujante y multicolor.

Pero no por ello ha cambiado el Quito de siempre, como antes en un centenar de iglesias elevan sus preces en metálicos toques y por sus calles el típico chulla o el personaje popular mantiene irónica vena humorística y la tradición secular del Quito único y eterno. Todavía en las noches más oscuras es posible escuchar el lento paso de alguna alma en pena

y en la paz de sus monasterios, enclaustradas monjas continúan ocultas a la vida, ofrendando sus virginales sentidos como antes lo hicieron las ñustas del incario. En sus piedras y en sus calles se siente aún el misterio de los quitus la bravura de los castellanos. En las puestas del sol tropical, del Inti de los Incas, en plena mitad del mundo, se ve aún al Panecillo inclinarse reverente ante el astro que se oculta. Todavía en sus viejos caserones, de la balbuceante voz de viejecitas de negras mantas se escuchan vivientes y enfáticas antiguas narraciones de duendes y aparecidos y se puede contemplar en sus museos, en la Casa de Sebastián de Benalcázar o en sus múltiples iglesias la vida de la Colonia que aún late. Este es el Quito del ayer, de hoy y del mañana "el ombligo del Mundo" de los Incas, del que los españoles dirían "Vergel de las indias, siempre verde Quito", el Quito que plantara su misterioso Quito, el santuario de los Shyris, al que amaron Huayna-Cápac y Atahualpa, el que fundara con nombre castellano-cristiano Benalcázar, el Primero en libertad y que hoy, tan cerca del límpido cielo, conjuga con él, una misteriosa unión de tierra e infinito, de realidad y de Leyenda.